

lónicos, escitas y persas, y que dice: «Yo Ciro, el Rey, el Aqueménide»; sin duda una de las más sublimes de todas las inscripciones persas. Allí cerca hay *doce pedestales* que se parecen mucho a los del templo de Hereon de Samos, de modo que esto solo autoriza ya a suponer que Ciro hacía construir sus edificios por arquitectos griegos. Debemos tan solo notar que los pedestales de Pasargada son más antiguos que los de Samos, pues estos últimos datan de la restauración del citado templo en estilo jónico, y aun el antiguo templo dórico fué construido solo en el tiempo de Policrates. Delante de estos pedestales está el pilar con el relieve que representa un genio alado con la inscripción que más arriba hemos citado. Este relieve imita a las esculturas asirias y solo se distingue de estas porque lleva el adorno de la cabeza y los cuernos del carnero del Kenph ó Amon egipcio. Además de una torre de fuego cuadrada de 42 pies de alto, semejante a otra que se halla delante de las criptas de los reyes, cerca de Nakschi Rustam, hay en la parte situada más al Norte, un terraplen largo de 300 pies y alto de casi 40 y revestido con gigantescos bloques de mármol en bruto, igual a la plataforma del templo de Jerusalén; el pueblo le llama el trono de

Salomón. Estas ruinas son las únicas construcciones que el tiempo todavía no ha destruido completamente. De la época de Ciro solo tenemos un ladrillo de Senkerek en Caldea que atestigua los esfuerzos que él hizo para la conservación del templo que había en aquel pueblo con la inscripción siguiente: «Yo, Curas (Ciro) constructor de Bit Sagal y de Bit Sida, hijo de Kambuziya (Cambises) el soberano.»

Ciro mereció los elogios y la admiración que le dispensaron, no solamente su propia nación, que le llamaba padre, sino también los extranjeros. El sacó a los persas del estado semi-salvaje en que vivían en sus valles, despertó su ambición, desarrolló su talento y animó su espíritu guerrero. Superior a todos sus compatriotas en tacto político, sabiduría y genio, fué a la vez soberano y educador de los persas; siendo esta última cualidad la que más excitó en el corazón de su pueblo el sentimiento de amor y el profundo respeto hacia su persona. Conquistador glorioso, estaba exento de crueldad y de desprecio hacia los hombres; escuchaba y recompensaba un buen consejo; trataba con noble desden el orgullo y la arrogancia; la desgracia del enemigo excitaba su compasión y la consideraba como enviada por los dioses.

CAPITULO III

CAMBISES (KAMBUZIYA), 529-522. — DARIO I, 521-485

Asesinato de Smerdis. — Invasión del Egipto. — Expedición a Meroe, Abisinia y al oasis de Amon. — Desgracias del ejército. — El falso Smerdis. — Muerte de Cambises. — Muerte del usurpador y elevación de Darío. — Reconquista Darío una gran parte del imperio. — Organización interior del país. — Tribunales. — Castigos. — Idioma. — Moneda. — Religión de Zoroastro. — Monumentos del tiempo de Darío.

Ciro dejó dos hijos: Cambises (Kambuziya) y Smerdis (Bardiya).

El primero, apenas hubo subido al trono, tomó la resolución de conquistar el Egipto, como única gran potencia que quedaba por someter, y que desde largo tiempo había mostrado, por su alianza con la Lidia, su intención de impedir el aumento del poderío persa. Antes de empezar la campaña, preparada con gran tino y prevision, hizo matar a su hermano, para evitar una revuelta ó usurpación durante su ausencia, acaso larga. Solamente dos magos estaban en el secreto, y la fatalidad quiso que estos dos hombres encontraran precisamente en este asesinato oculto los medios para la temida usurpación.

El Faraón Psamenito acababa de subir al trono después de la muerte de Amasis. El rey de los árabes, vecino de la Palestina y del Egipto, facilitó camellos para el transporte de la impedimenta y de las provisiones al través del desierto, merced a la intervención de Fanes de Halicarnaso que en el reinado de Amasis había mandado los mercenarios griegos, y que se había pasado a los persas a causa de una ofensa que había recibido. La primera escuadra de los persas, compuesta de buques griegos y fenicios, a los cuales se unieron también los príncipes de la isla de Chipre, antes aliados de Amasis, se dirigió a lo largo de la costa hacia Egipto para impedir a los habitantes de Menfis utilizar la vía del Nilo.

El Faraón marchó al encuentro de los persas hasta el brazo pelusino del Nilo, donde fué vencido, después de un obstinado combate y rechazado hasta Menfis. Cambises envió un heraldo para entrar en negociaciones; pero los egipcios, contra el derecho de gentes, cometieron la imprudencia de matar al embajador y a su comitiva, y también a la tripulación del barco que los había conducido Nilo arriba, lo cual irritó tanto

a los persas que, después de la toma del castillo blanco de Menfis, mataron por vía de represalias al hijo del Faraón y diez egipcios por el embajador y por cada uno de sus compañeros. El mismo Psamenito, el cual al principio fué tratado por Cambises con mucha indulgencia y que debía, según parece, seguir gobernando el país como vasallo, se hizo sospechoso probablemente después de la vuelta de Cambises de la campaña contra la Etiopía, de que hablaremos luego, y fué condenado a una muerte cruel, haciéndole beber sangre de toro. Así se hizo el rey de Persia dueño del imperio de los Faraones que había existido algunos miles de años, y del país que tenía la civilización más antigua, cuna de todo cuanto constituye la perfección humana, ideas religiosas, ciencia, industria y artes.

Aunque ya antes de esta conquista el Egipto había ejercido la mayor influencia sobre las otras naciones por su comercio, habiendo llevado a los distintos países los productos de su laboriosidad, sus ideas, sus reglas de arquitectura y otras artes, todavía crecieron en importancia sus relaciones con el Asia desde el momento en que se vió obligado a dirigir sus miradas hacia la residencia de los Aqueménides.

Cambises trató a los egipcios de un modo muy prudente; procuró facilitarles la transición del antiguo al nuevo estado de cosas, respetó sus instituciones religiosas, cuyo ejercicio protegió con un celo y tino muy raros en el Oriente, y sujetóse a las ceremonias religiosas a que los Faraones estaban obligados. Hay una inscripción egipcia cuyo contenido desmiente las fábulas relativas a la ferocidad de Cambises, inventadas sin duda por los egipcios. Uza-horn-penres, sacerdote egipcio, que ejerció las más altas dignidades en los reinados de Cambises y Darío, y cuya estatua con su inscripción se conserva en el Vaticano, cuenta que, no solamente por orden

de Cambises fué purificado y restituido al culto el templo de Neith en Sais, que estaba ocupado por los soldados, sino que también el nuevo Faraón persa (como observó igualmente Herodoto) fué iniciado, lo mismo que todos sus predecesores egipcios, en los misterios de Neith, habiendo ofrecido sacrificios a Osiris, señor de la Eternidad, en la cámara interior del templo.

La conquista de Egipto incitó a otras, porque ninguna potencia de la tierra podía ya hacer frente a la persa.

Se armaron tres ejércitos para sujetar a la dominación persa, Meroe y la Abisinia, el Oasis de Amon en el Sahara y la república de Cartago. Esta última se salvó porque los fenicios que debían ayudar a su conquista con sus naves negaron su cooperación por ser Cartago una de sus colonias, y Cambises fué bastante prudente para no enajenarse la amistad de estos marinos. Desde Tebas avanzó un ejército contra el Oasis de Amon. Si el éxito de esta campaña hubiese dependido únicamente del valor de sus soldados, Cambises hubiera logrado su intento; pero el enemigo tenía el desierto y los elementos por aliados; el ejército llegó al Oasis (Charigeh) al cual Herodoto llama «isla de los bienaventurados;» pero continuando su marcha, fué envuelto, quizás entre Dachileh y Farafra, en un torbellino de arena. Cambises determinó separarse del camino recto en el valle del Nilo que forma desde Hierosciamos (Corosco) hasta Napata (Abu-Hamed) una curva cuyo lado cóncavo mira al Este, para atravesar dicho valle por una vía más corta; pero esta tiene pocos manantiales para una hueste numerosa. El ejército tuvo forzosamente que padecer muchísimo a causa del calor abrasador en medio de aquellos arenales; sin embargo llegó hasta Meroe y sometió hacia el Sur de esta ciudad algunas tribus de negros que fueron obligadas a entregar cada tres años un tributo en oro, marfil, ébano y niños.

En la retirada, una parte del ejército quedó sepultada por torbellinos de arena entre Premnis y Pselquis. La desgracia quiso que al volver el rey se celebrase una fiesta en Menfis, que Cambises atribuyó al júbilo que sus desastres causaban a los egipcios; y en un arrebato de cólera, hundió la espada en el muslo del toro sagrado Apis, que murió al poco rato. Ya antes en una expedición a Meroe, su iracundia le había hecho cometer un crimen. Tenía a dos de sus hermanas en su harem; una de ellas Atosa, fué después esposa de Darío, y la otra le acompañó a Meroe. Un día tuvo lugar una lucha entre un lobo-león y un perro joven, y habiendo sucumbido este, otro perro, su hermano, rompió la cadena, atacó al león y le venció. Cambises, viendo llorar a su hermana, le preguntó cuál era la causa de sus lágrimas, a lo que ella contestó que, al ver correr el perro al auxilio de su hermano, había pensado también en el suyo, en Smerdis, el cual había quedado sin venganza. Al oír esto, Cambises le dió al momento tal puntapié, que la mató, destruyendo a la vez con este acto brutal sus más dulces esperanzas de ser padre.

Poco a poco el recuerdo de las desgracias de su ejército, los remordimientos por el asesinato de su hermano y hermana, y el miedo de que se extinguiese con él la estirpe de Ciro, se apoderaron de su ánimo, y finalmente recibió entonces la noticia de que la rebelión que él había querido evitar matando a su hermano, había estallado, a pesar de eso. Oro-pastes, el mago a quien Cambises había confiado la administración de los bienes de la corona en la Media, se aprovechó de la larga ausencia del soberano, para volver el imperio al poder de los medos sus compañeros. Hizo creer que su hermano Gaumata, el cual se parecía mucho a Bardiya (Smerdis) era el mismo Bardiya, y lo sentó en el trono en Pisiyauvada en el monte Aracadris, intimando al mismo tiempo a los persas que lo reconocieran como hijo de Ciro.

Al recibir esta noticia Cambises se puso inmediatamente en marcha para la Persia; al llegar a Hamath en la Siria, supo que la rebelión había logrado su objeto, y presa de la desesperación de ser él mismo causa de su ruina, se suicidó (522).

Después de la muerte de Cambises, la dominación del mago Gaumata que pasaba por su hermano, parecía ser indestructible, sobre todo porque Prexaspes, que había ejecutado el asesinato del príncipe, negó su crimen por miedo; pero la circunstancia de sustraerse constantemente el rey a las miradas de la corte, excitó las sospechas de los grandes. Otanes (Hutana), sátrapa de Capadocia, tuvo noticia por su hija Faidime, que se hallaba en el harem de Gaumata, de que este en manera alguna era hijo de Ciro, y también Prexaspes, atormentado por los remordimientos, confesó en alta voz su crimen y se precipitó de lo alto de una torre.

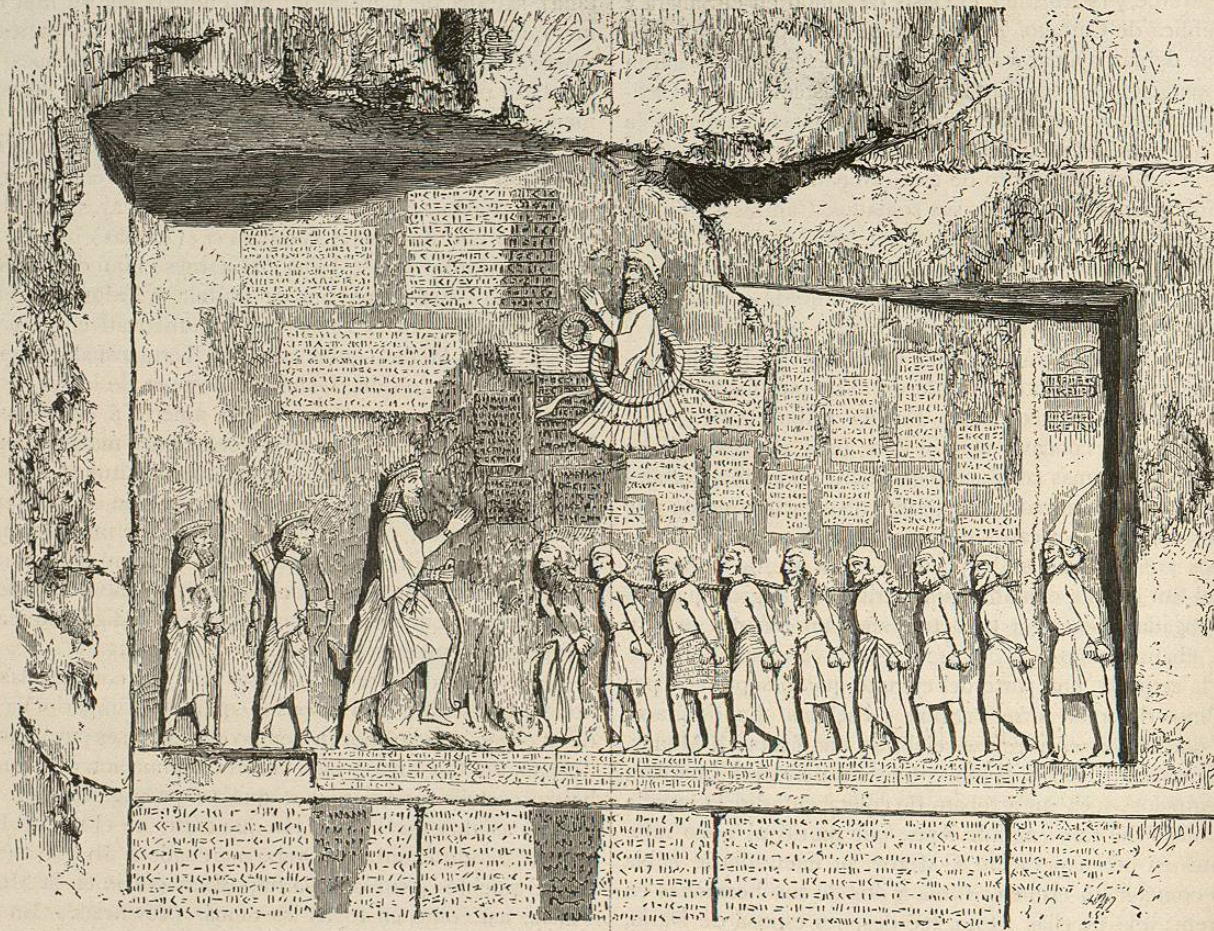
Darío (Darayavus) que como pariente más próximo de Cambises, era el heredero legal del trono, penetró con seis persas nobles, Vindafrana (Intafernes) hijo de Vayaspara, Utana (Otanés) hijo de Tucra, Gaubaruva (Gobrias) hijo de Marduniya (Mardonio), Vidarna (Hidarnes) hijo de Bagabiña, Bagabucsa (Megabizos) hijo de Daduja, y Ardumanis, hijo de Vahuca (Oxo), en el castillo de Sicathauvati en el país de Nisaya en la Media (quizá cerca de Kermanshah), donde el mago Gaumata residía. Gaumata, después de haber luchado cuerpo a cuerpo con Gobrias, fué muerto a estocadas por Darío (10 abril 521). En varias poblaciones mataron los persas a gran número de magos, llegando a instituirse una fiesta en celebración de este hecho, que después de expulsados del poder los medos, contribuyó a fortalecer de un modo indestructible la dominación persa. Darío confirió a sus compañeros los cargos más altos del Estado; solamente Intafernes, atreviéndose a insultar con su arrogancia la dignidad real, fué condenado a muerte.

Al principio de su reinado, Darío tuvo que combatir las rebeliones que estallaron en todos los confines del imperio. Ya antes de su elevación al trono, en tiempo de Cambises cuya ausencia del país fué tan larga, y bajo la corta dominación de Gaumata, habían estallado desórdenes que se propagaron por todas partes; así dice una inscripción que existe en el monte Behistan: «Cuando Kambuziya hubo marchado a Mudraya (Egipto), el pueblo se sublevó; la impostura creció en la Media y Persia, así como en todas las demás provincias.» En todas épocas han intentado hacerse independientes los vasallos que por la gran distancia que los separa de la corte se creen seguros; los cambios de gobierno empero traen siempre consigo grandes agitaciones; y débese también tener en cuenta que, cuando Darío subió al trono, el imperio era una creación demasiado reciente para que pudiera considerarse consolidado.

La Armenia, la Media y Babilonia, antes muy independientes, no podían acostumbrarse a obedecer al soberano de la Persia, del cual hasta entonces habían hecho poco caso; y por eso Darío se vió precisado a reconquistar una gran parte del imperio, lo cual le costó nada menos que seis años de luchas. El mismo Darío nos ha dejado descritas aquellas luchas, que pusieron a los persas con frecuencia en graves apuros, en una inscripción en las tres lenguas perso-medea, escita y babilónica, esculpida en la Peña de Behistan (Bisutun). Esta montaña, de 1,500 pies de elevación, se alza abrupta como una pared, y todo el valle abunda en ruinas, principalmente de la época de los Sasánidas. Darío hizo pulir una gran superficie de la Peña, a 300 pies sobre el valle, para las inscripciones y las esculturas que presentan al mismo Darío puesto un pie sobre Gaumata vencido; detrás del rey están Gobrias el lancero, y Aspates (Aspatschana) el portador del arco y casco; detrás de Gaumata están con las manos atadas a la espalda y unidos unos a otros por una cuerda pasada al res-

dedor del cuello, los nueve rebeldes con quienes Darío y sus generales tuvieron que sostener 19 batallas. Encima de estos personajes está representado el símbolo de la divinidad. Los rebeldes se llamaban: Atrina, Naditabira, Fravartis, Martiya, Chitratajma, Vayazdata, Araja, Frada y Sacunca. La inscripción refiere que apenas muerto Gaumata se levantó un hombre llamado Atrina, como rey de Susiana: «Érase un hombre llamado Atrina, hijo de Upadarma, que se levantó en Hudya, y habló al pueblo de este modo: Soy rey de Hudya.

En seguida los habitantes de Hudya se levantaron y se pasaron a ese Atrina que fué rey de aquella region.» Al mismo tiempo se insurreccionó Naditabira (Nadintabel) hijo de Ainira, en Babilonia, y se hizo pasar por Nabucodonosor (Nabucdrachara) hijo de Nabunida. Atrina fué vencido por el ejército persa, hecho prisionero y muerto por Darío, que marchó en seguida contra Babilonia, forzando el paso del Tigris, defendido con naves por Naditabira, y persiguió a los babilonios hasta Zazana junto al Éufrates, donde trabó una batalla



Relieve en la roca de Behistan

á principios de diciembre del año 521; el enemigo fué rechazado hasta el río y el rebelde buscó refugio con su caballería en Babilonia.

Darío puso sitio á la ciudad, que fué tomada al cabo de un año y siete meses, y Naditabira muerto en el mes de setiembre de 519. Mientras que el rey sitiaba á Babilonia, supo que la Persia, la Susiana, la Media, la Asiria, la Armenia, la Partia, la Margiana, los satápidas y los escitas se habían declarado independientes. El levantamiento de la Media y de la Armenia eran en especial peligrosísimos. En la Media se hizo pasar Fravartis (Fraortes) por Kchatrita de la familia de Huvacsatara (Ciaxares). El general Vidarna (Hidarnes) fué enviado desde Babilonia con un ejército contra los rebeldes y les presentó batalla á fines del año 521, cerca de Maro en la Media, que es probablemente el pueblo llamado mas tarde Marg, á 10 farsangas de Holvan en la llanura de Kermanshah; pero el éxito de esta batalla fué tan dudoso, que los persas se vieron obligados á atrincherarse en Campada, hoy Chamabatan, llanura entre Kirrind y Congaver, para esperar refuerzos de Darío. En Susiana se pronunció Martiya, hijo de Chitchijris de Cuganaca (quizá Dchanadchan, cerca de Ca-

zerum), haciéndose pasar por Imanis, rey de Susiana; pero luego fué cogido y muerto por los mismos susianos. Contra los armenios, que después de la muerte de Tigranes hicieron causa común con los medos, fué enviado Dadarsis, que era de origen armenio, pero según parece (la inscripción lo deja suponer) quedó vencido cerca de Zuzá (Tiyari en el Kurdistan). Apenas dos semanas después le cupo igual suerte cerca de Tigra, y mes y medio mas tarde en Uhyama, en Armenia, donde se atrincheró para esperar también refuerzos.

Darío mandó á otro general, Vaumisa (Omisos) contra los armenios, que pudo rechazarlos cerca de Achitu en Asiria hasta donde habían avanzado (diciembre 520); de suerte que pudo trabar la segunda batalla á fines de abril 519 en territorio armenio en el distrito de Antiyara (Tiyari en el Kurdistan). El ejército hizo alto en este punto para aguardar al rey, que habiendo tomado á Babilonia en setiembre del mismo año, envió una parte de sus tropas disponibles, bajo el mando de Artavardiya, á la Persis, marchando él mismo con el resto del ejército contra los medos, para ponerse en contacto, después de vencidos estos, con sus dos generales junto al Tigris y en el Kurdistan. Encontró al medo Fravartis

cerca de Cunduro (Kundur al pié de Kazvin) á fines de setiembre y le derrotó completamente. El rebelde huyó á Raga, pero le alcanzaron y después de haberle cortado las narices, las orejas y la lengua, le crucificaron en la capital de la Media, Hagnata (Ecbatana). Con esto terminó también la insurrección de los armenios que no tenían á ningún pretendiente indígena por jefe. El levantamiento medo-armenio estaba relacionado con el de los sagartios, capitaneados por Chitratajma, que se hacía pasar por descendiente de los reyes medos. El general medo Tajmaspada le venció, le hizo prisionero y le mandó crucificar en Arbela. Los partos y los hircanos estaban también complicados en la rebelión meda. El padre del rey, Vistaspa, peleó cerca de Vispauzatis en Partia con los rebeldes (febrero 518), pero hasta julio no consiguió, y solo con los refuerzos que desde Raga le mandaron, una victoria decisiva cerca de Patigrabana. Habían pertenecido algunos territorios situados al este de Media, á este imperio y también se habían alzado en rebelión. Frada trató de insurreccionar la Margiana (Margus) y la Bactriana que confinaba con aquella, pero el persa Dadarsis, sátrapa de Bactria, derrotó á los rebeldes en noviembre de 518, con lo cual concluyó por completo aquella terrible rebelión extendida casi por todo el antiguo imperio de los medos. La Media fué en adelante considerada como la provincia más importante después de la Persis.

Según hemos visto, había sido encargado Artavardiya de sofocar la insurrección en la Persis. En Tarava (Taron) la población principal de la Yutiya, habiase presentado Vayazdata diciendo que era Bardiya, hijo de Ciro y tratando de atraer también la Aracosia á su partido, á cuyo objeto mandó un ejército para expulsar á Vivana, sátrapa de esta provincia. En abril de 517 se encontró el rebelde con el ejército real cerca de Raja, en la Persis. Vencido, fué perseguido al través de la Persis hasta Pisiyahuvada (probablemente el castillo de Dizi-Nipicht cerca de Persépolis); y junto al monte Paraga (entre Forga y Darabgird), se trabó una segunda batalla en julio de 517, donde el pretendiente fué hecho prisionero y crucificado después en Huvadaidaya que es quizá el castillo de Juvadan en el distrito de Fasa. En diciembre solamente se dió una batalla en Aracosia, cerca de Capisacanias, probablemente en la frontera sudoeste de la provincia, cuyo éxito permitió al ejército real avanzar y presentar al cabo de tres meses una segunda batalla en Gandutava; siendo el resultado que el jefe fugitivo de los rebeldes fuese cogido en la fortaleza de Arsada y muerto con sus secuaces en febrero de 516.

En el mismo año en que los generales de Darío sofocaron las rebeliones de la Persis y de la Arabia, se presentó el rey en Egipto, donde después del reinado de Cambises habían estallado grandes desórdenes. El egipcio Uza-hor-penes, del cual ya hicimos mención al hablar del reinado de Cambises, dice en la inscripción de su columna conmemorativa que había hecho restaurar por orden de Darío todos los templos, restituir á los dioses sus primitivos nombres, y continuar sus sacrificios y fiestas. Se devolvieron sus empleos á antiguos funcionarios del tiempo de Amasis, como al arquitecto Rajnum-het, que probablemente dirigió la construcción del templo en el Oasis Jarigüeh, mandado levantar por Darío. Este templo, casi completamente conservado, se halla en Hib la capital del Oasis, y se compone del santuario en cuya pared exterior hay un relieve que representa á Darío, sacrificando á Amon de Tebas, señor de Hib, además de tres salas, situadas hacia el Este y de tres pares de pileos, enlazados los dos pares primeros por dos hileras de carneros de piedra, mientras que el tercer par forma la entrada al interior del templo, hallándose una parte ocupada por un arimez, construido poste-

riormente por Nejtahrhebo I. En la pared meridional de la sala del medio hay una inscripción, un himno un tanto panteísta: «Ra (Dios del Sol), la existencia pura, cuyos miembros brillan como plata, la piel como oro, la cabellera como zafiro, los cuernos como puras esmeraldas; este es el Dios bondadoso, que se creó á sí mismo en su forma y se engendró sin salir de ningún seno materno.... Este dios sublime existió desde el principio, formó el mundo, cuando y como lo quiso. Es Path (el fuego primitivo y causa original de todas las cosas) el mayor de los dioses, se hace viejo y se rejuvenece en el curso de la eternidad. Tú eres el cielo; tú eres la profundidad, eres el agua, el aire y todo lo que existe en ellos.» Al fin de la inscripción, traducida por Brugsch, se halla una plegaria para el Faraón Darío, pero este nombre no se refiere al fundador del templo, sino á Darío II que adornó la sala central. «Concede felicidad á tu hijo que está sentado en el trono, rejuvenece su cuerpo en este mundo, ¡hazle parecido á tí, déjale reinar investido de tus dignidades! Que desparrame beneficios como tú, cuando te alzas como Ra; y así sean las obras de tu buen hijo. Concede además fuerza á sus brazos. Que el rey del alto y bajo Egipto, el hijo de Ra, Darío, viva eternamente. ¡Como sacerdote, rinde culto á los cuatro pares de elementos de Ammon-Ra, el señor del templo de Nesto en Tebas, señor de Hibis, de poderoso brazo. Que Darío, el hijo de Ra, el amigo de Horo, hijo de Isis é hijo de Osiris, viva eternamente! Oh Amon, protege y defiende á Darío, hijo de Ra; que viva eternamente!»

Darío á su llegada en el invierno de 514 señaló un premio para quien encontrara un nuevo Apis, en reemplazo del anterior que había muerto, acción que le valió las simpatías de los egipcios. Este nuevo Apis vivió hasta el año 31 del reinado de Darío. El gobierno del rey de los persas fué tan sabio é inteligente, que le colocaron entre los seis grandes legisladores que figuran en el código egipcio.

Durante las últimas rebeliones, estalló otra poco peligrosa en Babilonia, suscitada por el armenio Araja, hijo de Haldita que se presentó en Dubala (Debleh no léjos de Hillah) como Nabucodonosor hijo de Nabonid. El ejército persa, á las órdenes de Vindafra, tomó á Babilonia; y el rebelde con sus principales partidarios fué muerto en enero de 516. Ocho años después, en 508, encendiéndose por última vez la tea de la discordia en Susiana, pero la revolución fué inmediatamente sofocada por Gobrias.

En este mismo año estuvo Darío en Europa, en el país de los escitas, como después diremos más detalladamente. Un jefe escita, Sacunca, está también representado en el relieve de la Peña de Behistan.

Una revolución no menciona Darío en la grande inscripción, probablemente porque no fué vencida en combate leal sino por medio de un asesinato. El sátrapa de Lidia, Oroetes, quiso hacerse independiente, y bajo el reinado de Cambises había ya hecho venir arteramente á Policrates, desde Samos á Magnesia, para hacerle allí morir crucificado, sin lograr á pesar de eso su objeto que era apoderarse de Samos, porque los soldados de Darío, proclamaron á Siloson, hermano de Policrates, señor de Samos, quedando con esto la isla dependiente del rey de los reyes (516). Oroetes cometió una grande imprudencia asesinando á Mitrobates, jefe de las tropas persas en Daskilion y á su hijo Cranastes; crímenes que la inveterada costumbre de la venganza de sangre no podía dejar impunes.

También hizo matar á un enviado del rey, portador de órdenes que no eran de su gusto. Darío no pudiendo privarse de sus tropas, y calculando que los soldados del sátrapa podrían ser inducidos fácilmente á abandonarle á causa de sus crímenes, consiguió en efecto con una simple excitación escrita,